



Volar sin alas

El domingo por la tarde el sol era esplendoroso en el Estado de México. El cielo se mostraba celeste junto a las pomposas nubes blancas. Era bello e impresionante. Los mazahuas se resguardaban de los atosigantes rayos solares dentro de sus casas construidas de cemento y tejas frescas. Sin embargo, Anita era una excepción, ella regresaba del tianguis con dos bolsas de malla, una en cada mano. La pequeña usaba una blusa blanca y una falda azul brillante.

Anita se dirigió a la casa de su abuela, doña Paty. Aquella vivienda era un poco vetusta, sin embargo, las paredes blancas, ventanas amplias y macetas de barro (con grandes y bellas plantas de sombra) daban una hermosa y acogedora sensación al entrar. La pequeña dejó las bolsas sobre el suelo pedregoso, su perro la esperaba con gran entusiasmo. Manchas, ese

era su nombre. Este movió la cola tan pronto miró a su dueña pasar por la puerta. Se acercó a ella y se recostó bocarriba con la esperanza de recibir un sinfín de caricias.

—Ya llegué, abue —dijo Anita en voz alta para que doña Paty la escuchara.

—Qué bueno que ya llegaste, ya estaba preocupada —respondió la mujer de cabello gris y dejó de bordar el quexquémitl —. Pon las bolsas sobre la mesa hijita.

—Perdón, es que había mucha gente en el tanguis.

—No te preocupes, lo importante es que llegaste bien, Anita.

—Abue, ya casi son las cuatro, ¿sí iremos al campo? —preguntó la niña con una tierna mirada.

—¡Deveras!, no me acordaba. Deja me apuró a hacer la comida —dijo y se levantó con dificultad de la silla de palma.

— ¿Y si comemos al regresar?, es que... no nos va a dar tiempo de llegar.

—¡No, cómo que te vas a ir con la panza de farol!

—Abue, es que me voy a sentir pesada y me va a costar trabajo moverme.

— ¿Segura no quieres comer, aunque sea un taquito? —preguntó doña Paty.

—Sí, segura —contestó con una sonrisa enorme la pequeña.

—Bueno, ¿y te vas a cambiar o te vas a ir así? — cuestionó a su nieta.



—Me voy a cambiar los huaraches por los otros viejitos —respondió Ana y corrió hacia la cama.

Luego de ponerse los huaraches de cuero, Ana, salió de la casa. Tomó la mano izquierda de su abuela. La mujer vestía un quexquémitl negro con flores bordadas de diferentes colores y un colibrí grande en el pecho. Manchas, caminó detrás de ellas para cuidarlas.

—Bajó mucho la temperatura —dijo doña Paty y miró el cielo lleno de nubes grises.

—Sí, hace rato estaba muy caluroso. Ojalá no nos agarre la lluvia en el partido.

—No, esperemos que nos haga buena tarde. De todas maneras, me traje tu quexquémitl para terminar de bordártelo mientras tú juegas —dijo sonriente la abuela.

Ambas caminaron por entre las milpas hasta llegar al campo de fútbol que estaba cubierto de tierra grisácea. Anita, al ver el escenario, sintió que el corazón se le salía del pecho por la emoción. Soltó la mano de su abuela y corrió a una de las porterías, construidas con palos de madera para el partido. La pequeña se paró debajo del travesaño, visualizando a las niñas que estaban reunidas dentro del círculo central marcado con cal. Ana, caminó hacia sus compañeras que, al igual que ella, vestían blusas y faldas amarillas con una faja azul rey en la cintura.

—Hola, Anita, pensábamos que no iba a llegar nuestra portera —dijo bromeando una mujer joven.

—Perdón. Entrenadora, se me hizo un poquito tarde —contestó Ana, apenada.

—Tranquila, no pasa nada.

Mientras las pequeñas recibían indicaciones de su entrenadora, doña Paty (en compañía de Manchas) caminó a pasos lentos hacia los montículos de tierra que se encontraban junto a la cancha. La mujer encontró una piedra plana y se sentó ahí para seguir bordando la capa de su nieta. Luego de unos minutos, los Cachorros (rivales de Colibríes) llegaron en una camioneta, todos los jugadores vestían calcetas rojas, shorts de color marino y playeras con rayas verticales blancas y azules. El árbitro reunió a Ana, la capitana de Colibríes y a Rodolfo, del equipo contrario, en el centro del campo para tirar el volado y decidir quién iba a dar la patada inicial.

—Árbitro, les damos la ventaja —dijo engreído— no eche la moneda al aire.

—¡No!, nosotras somos capaces de ganar sin ayuda —se defendió Ana —pedimos águila.



El árbitro soltó una risita, asintió e hizo girar la moneda en el aire. Ambos capitanes siguieron el metal de arriba hacia abajo, querían saber el desenlace y tan pronto llegó a la mano del hombre, este la cubrió. El resultado era a favor de Colibríes.

—Que ellos saquen primero —dijo Ana y corrió hacia su portería.

Rodolfo y uno de sus compañeros se pararon dentro del círculo central, pusieron la bola sobre la tierra y sonó el pitido inicial. En ese momento, las manos nerviosas de Anita se humedecieron. El capitán del equipo contrario, enojado por lo que había pasado, golpeó el balón con furia hacia la portería contraria. Conforme la redonda giraba en el aire, esta adquiría más fuerza. Luego de unos segundos, comenzó a bajar justo donde Ana estaba parada. La pequeña abrió el compás de sus piernas, sus brazos estaban listos frente a su pecho, esperando al balón, sin embargo,

al ver que la esfera no caía aún, sintió su corazón agitado y se preocupó.

Todos, dentro y fuera del campo, quedaron expectantes al duelo que sostenían el balón y Ana. Mientras la pelota de cuero se acercaba al ángulo izquierdo de la portería, una sonrisa apareció en el rostro de Rodolfo. Cuando la portera se percató que la esfera no caería entre sus manos, decidió saltar para alcanzarla. Sin sujetarla, logró lanzarla fuera de la cancha provocando un tiro de esquina. Todas sus compañeras le festejaron con aplausos. Doña Paty, al ver a su nieta tirada en el suelo, dejó de bordar y se levantó con dificultad de la roca donde estaba sentada. Anita se puso de pie, sacudió sus manos, su falda y miró a su abuelita.

—¿Sí me viste?!, ¿viste como la detuve, abue? — preguntó con una sonrisa.



Doña Paty, asintió tranquila y volvió a sentarse para seguir bordando el quexquémítl. Ambos equipos estuvieron cerca de meter el primer gol a su contrin-cante, pero en ningún caso se logró por las habilidades de ambos guardametas. El árbitro pitó el final del primer tiempo y el cielo se vistió con un manto lleno de estrellas. Ana corrió con su abuelita.

—¿Sí viste todas las atajadas que hice, abue? — preguntó mientras se limpiaba unas gotas de sudor que bajaban por sus sienes.

—Sí, estás jugando muy bien... —mintió doña Paty: la mujer, había estado concentrada bordando y no miró a su nieta parar el balón cuando este se acercaba a la portería.

— ¿A ti qué te ha parecido el partido, Manchas? —cuestionó la pequeña a su amigo.

El perro parecía feliz, pues comenzó a ladrar y a saltar.



—Sí, así le hice para parar los balones, Manchas —dijo y lo acarició.

El árbitro pitó para iniciar el segundo tiempo, dos de las compañeras de Ana se colocaron en el medio del campo. El partido había comenzado. Una de las jugadoras golpeó el balón imitando el tiro de Rodolfo, pero esta vez, la esfera había entrado dentro del arco. Ana, al ver que había caído el primer gol a su favor saltó de felicidad y corrió a abrazarse con todo su equipo.

La noche cubrió el pueblo mazahua y el partido terminó. El marcador quedó 1-0 a favor de Colibríes. Ana corrió hacia su abuela y festejó el triunfo de Colibríes. Doña Paty, recibió a su nieta con un abrazo y le puso el quexquémitl azul con girasoles bordados, sin importar cuán llena de tierra estaba la pequeña. La tomó de la mano y caminaron entre las mazorcas sin dejar de mirar el brillo de la luna que las guiaba a ellas y a Manchas hasta llegar a su casa.

